

sos, ensayos, bocetos, libros irán hacinándose en las gavetas hasta rebosarlas.

Trasladado en 1930 a la Argentina y, después, a Brasil, irá luego, en comisión de servicio, a Argentina, Uruguay y Chile, y, a Argentina por segunda vez. Continuó acopiando cuartillas. Su imagen de América, presagio y utopía de sus más caros anhelos —enriquecida por la experiencia y la meditación— se redondeó en esta etapa final de su ciclo diplomático, que se cierra en 1938. En ese tiempo se agudizó también, depurándose, su pasión por España: tampoco lo Cuauhtémoc quita lo Cortés. Y cuando la república española fue traicionada por Franco e invadida la Península por los condotieros de Hitler y Mussolini, el escritor y el hombre suplantaron al diplomático y definieron claramente su posición junto al pueblo, que pueblo siempre se sintió Alfonso Reyes. "Pueblo me soy" — ha escrito.

La reintegración de Alfonso Reyes a México, culmina su vida y corona su obra: siembra y vendimia en prodigioso laboreo y óptima recolecta. Dará a las prensas los libros acumulados y los nuevos libros, que brotan densos de ideas y aligeros de forma, sus libros grandes y sus grandes libros: "Última Tule", "La crítica en la Edad Ateniense", "La Antigua Retórica", "Junta de Sombras", "La Experiencia Literaria", "El Deslinde". Se inicia la plenitud de plenitudes que ahora vive: la época serena y próspera de la capilla alfonsina, en la que nunca se pone el sol.

"Al acercarnos a Alfonso Reyes —afirma Raimundo Lazo— estamos ante un caso de concurrencia de notas excepcionales, pluralidad excepcional de aptitudes y realizaciones, de dimensiones y calidades, de valores y enseñanzas. En él se entrelazan y complementan el concepto y la imagen, la intuición fresca y gozosa, iluminadora de la vida, animadora del hombre y del artista, y la aventura intrépida del pensamiento, señorialmente dominador de la circunstancia". "La universidad de Alfonso Reyes —postula Jorge Mañach— es el signo más señero de su eminencia". Ya había escrito Federico de

Onís al insurgir en la vida literaria española el egregio escritor neoleonés: "Americano, europeo y universal". En las citas que acabo de transcribir se plantea, en sus genuinos términos, el problema literario y humano de Alfonso Reyes, el problema de su mexicanidad universal y de su universal mexicanismo, el problema de su vocación, oficio y conciencia.

Alfonso Reyes es, sin duda, el más completo hombre de letras que ha dado México hasta ahora. No sé, empero, si, por comedimiento, que quedo corto en el juicio. ¿Por qué —me pregunto— confinarlo a México? ¿Acaso hay en su tipo quién le resista el parangón en nuestra América? Véase que lo subrayo: en su tipo. Ni tampoco olvido que Martí, Sarmiento y Darío le aventajan en genio. Cabría acaso el paralelismo con Martí, completo hombre de letras doblado de apóstol. Pero incluso Martí encarna otro tipo. Alfonso Reyes —digámoslo ya— es nuestro humanista moderno. Flecha viajera, clava su impronta en todas partes y de todas partes recibe, asimila y trasfunde tradiciones y novedades que metaboliza su sensibilidad mexicana, americana. Curiosidad, ubicuidad, receptividad, expresividad: sólo ignora lo que le es ajeno y lo que sabe lo recrea. No almacena: reelabora y difunde. Y, asimismo, como Goethe, crea y elabora: inventa. Es clásico y moderno.

Esa universal curiosidad y ese enciclopédico saber le han permitido cultivar todos los géneros y obtener proficuo rendimiento. Se ha ganado en algunos el bastón de mariscal: en la poesía, en el ensayo, en la teoría literaria.

Si parva en contraste con la selva radiante y melódica de su prosa, la poesía de Alfonso Reyes es de las más cernidas, delicadas y hechas de la literatura hispanoamericana. Sus esmeros y deliquios traducen, como en ningún otro género, la lealtad a la vocación y a la conciencia del oficio. Es poesía vivida y revivida la que fluye por sus versos: hermética y popular, inefable y coloquial, esencial y contingente, recatada y cantarina. Es parte consustancial de su espíritu y de su obra y la ilumina toda preñada de sentido.

En el ensayo, ese peculiar género literario en que las inteligencias plásticas se mueven a sus anchas, Alfonso Reyes sólo tiene un par en lengua española: Ortega y Gasset. Lo ha transitado en todas sus formas y direcciones y ha descubierto todos sus secretos: léanse "Visión de Anáhuac", "Las vísperas de España", "Pasado Inmediato" y "Trayectoria de Goethe". Y, como estilista —ya lo señaló José Luis Martínez— domina todos los registros, todos los matices, todas las galas y todos los rigores. Su abundancia es lúcida, y sujeta a norma, sobriedad y limpieza. "Cuanto tema toca Alfonso Reyes con su pluma —concluye el crítico mencionado— diríase que le devolviera su yacente riqueza y nos lo entregara pulido y animado, organizado como una unidad sinfónica, caprichosa y sabia en su capricho, movable y sosegada".

Aportaciones fundamentales ha hecho Alfonso Reyes a la teoría literaria "La crítica en la Edad Ateniense" y "La Antigua Retórica" constituyen un buido examen de la contribución de la antigüedad al problema de la filosofía y de la ciencia del fenómeno literario y es la clave de bóveda de ulteriores indagaciones y análisis que van a nutrir "La Experiencia Literaria", libro que ya anuncia "El Deslinde", su obra más ambiciosa, compleja y esclarecedora. No hay que dejarse engañar por el subtítulo de ésta: Prolegómenos a la teoría literaria. "El Deslinde" es todo un tratado de la descriptiva literaria: armando el método fenomenológico Alfonso Reyes asedia y rinde al fenómeno literario y precisa su esfera óptica, sus atributos formales, sus funciones, sus categorías y las disciplinas conexas, desentrañando "los problemas internos y la complicada estructura existente bajo el obvio designio de literatura". En esta obra monumental, Alfonso Reyes se ofrece a sí mismo en la experiencia de su vida y en el fruto entrañable de su pensamiento: es la obra en que la vocación, el oficio y la conciencia se funden en la gracia, sabiduría y acuidad de un espíritu generosamente derramado. "¡Cuánto me hubiera gustado asistir al asombro que hubiese producido en Aristóteles —escribe Werner Jaeger, el más reputado helenista contemporáneo— la lectura de "El Deslinde". Mexicano, americano, uni-

versal. Y, por universal, americano, mexicano. Pero "mucho muy mexicano" como se dice en su solar nativo. Sin embargo, se le ha reprochado más de una vez que su obra es ajena al espíritu de México y a su realidad cultural y social. Es esta la peor censura que puede hacerse a Alfonso Reyes. Se amotina contra ella.

Razón le sobra. "Para bien o para mal —ha escrito recientemente— yo pertenezco a la literatura mexicana". Pero muchos años antes había escrito: "Yo sueño en emprender una serie de ensayos que habrían de desarrollarse bajo esa divisa: en busca del alma nacional. La "Visión de Anáhuac" puede considerarse como el primer capítulo de esta obra, en la que yo procuraré extraer e interpretar la moraleja de nuestra terrible fábula histórica, buscar el pulso de la patria, en todos los momentos y en todos los hombres en que parece haberse intensificado, pedir a la brutalidad de los hechos un sentido espiritual, descubrir la misión del hombre mexicano en la tierra, interrogarlo pertinazmente en todos los fantasmas y las piedras de nuestras tumbas y de nuestros monumentos". Y, Cuando Héctor Pérez Martínez, le imputó, a tenor de sus "Notas a Góngora" y de sus buseos en "El Cementerio Marino", de Paul Valery, "evidente desvinculación de México", Alfonso Reyes se apresuró a aclarar lo que no pasaba de ser una leyenda o un equívoco. "Quien tuviera la paciencia de leer —le arguyó— los libros que he publicado en estos veinte años fácilmente se convencerá de que no hay uno solo en que no aparezcan el recuerdo, la preocupación o la discusión directa del tema mexicano. Si el ejemplo de mi vida significara una desvinculación internacional —como lo afirman las palabras de interpelación que contesto, que sin duda fueron escritas por ignorar el daño que hacen y lo injustas que resultan para el centinela mexicano destacado en tierras distantes— entonces yo quiero que desaparezcan de mi lado las más caras conquistas de serenidad y alegría que hasta ahora pude arrebatarse al destino. Habían de ser los míos quienes me escatimaran la satisfacción que todos los extraños hasta ahora me han concedido: la de reconocer que vivo por y para servicio de mi tierra hasta donde me alcancen mis alientos". Y ya más a

fondo: "De modo que por ser mexicano tengo que desentenderme de lo demás? Al contrario: a México le conviene que su voz se oiga en todas partes". Pero no hace falta que aduzca en su defensa el testimonio de sus actividades literarias y de su obra escrita: ahí está él —voz universal de México— orgulloso de ser regiomontano, mexicano de abajo arriba, depositario de su estirpe y fiador de México ante el mundo y por el mundo con su casco de emperador azteca. Ningún encomio literario podría compensarle de que le arrebatan la virtud de ser mexicano. Y, con afilada percepción de los dramáticos tiempos que nos han venido encima, y de las viejas y nuevas codicias que se ciernen amenazadoras agravando nuestro calvario, colofona su réplica con esta severa e incitadora advertencia: "Cuiden de otra cosa los hijos de las naciones que ya están de vuelta en la historia. Para nosotros, la nación es todavía un hecho patético, y por eso nos debemos a ella. En el vasto deber humano, nos ha incumbido una porción que todavía va a darnos mucho que hacer. Yo diría, trocando la frase de Martí, que Hidalgo no se quita todavía las botas de campaña".

Ese beligerante sentido de nación y de destino traspasa su doctrina americana, ancho cuenco en que confluyen los problemas, agonías y afanes del continente vistos desde su raíz y en su floración humana. Alfonso Reyes recoge y renueva la tradición de Alberdi, Sarmiento, Martí, Hostos, Sierra, Varona y Rodó. Elucida, sugiere y convoca: la estatua de América alcanzará su ápice cuando adquiera efectiva conciencia de sí misma y su cultura se haga inteligible para las demás culturas. América, nuestra América, sigue siendo "la última Tule, límite de la Esperanza".

Altitud intelectual y actitud ética se funden y confunden en Alfonso Reyes. No hay desniveles ni fisuras entre el escritor y el hombre. Su palabra es conducta y su pensamiento es acción. Pero no olvida que la palabra puede también servir de vehículo a la superstición, a la doblez, a la mentira y a la opresión. La más alta incumbencia del escritor es justamente impedir que la palabra se dedique a oficios espurios y demandar que se administre como sacra-

mento de redención humana. "No importa lo que en la fórmula lingüística se dice —previene— sino lo que se hace con ella: ¿Se propaga la muerte, o se propaga la vida? ¿se procura la libre felicidad de los hombres, o se les reduce a la triste condición de las bestias?" Y exhorta a los escritores a que cumplan el deber que les impone su calidad de tales: "Maestros definidores, caballeros de la palabra, templadla cada día en la verdad". En haberlo siempre cumplido estriba la grandeza humana de la obra literaria de Alfonso Reyes.

Suele ya verse muy de tarde en tarde a don Alfonso deambulando por la avenida Juárez. No asiste a tertulias, ni a banquetes, ni a saraos. Sus disertaciones en el Colegio Nacional —verdaderos lujos del espíritu— se espacian cada vez más. La vida corre y hay que aprovecharla. Se percató de ello en su juventud y lo dejó indicado: "Voy de prisa. La noche me aguarda y está inquieta". De ahí la generosa avaricia con que distribuye su tiempo. La mayor parte de la noche y casi todo el día lo pasa en su biblioteca empujando ideas y decantando vivencias. De ese fecundo y tenso apartamiento han brotado los más grandes frutos de su mente.

Durante mi destierro en México tuve la fortuna de encontrármelo una noche en la Feria del Libro. Había yo entrado en la caseta de Nuevo León a saludar un excelente amigo regiomontano —que también lleva su nombre y su apellido— cuando irrumpió Alfonso Reyes con sus ojillos chispeantes, su ágil papada y su rechoncha humanidad pintorescamente tocada con una boina vasca. Los que allí estábamos lo saludamos efusivamente y le pusimos cerco. Si Alfonso Reyes es un monarca de la pluma, es también un señor de la palabra: sólo que se limita a subyugar a puro ingenio y sapiencia.

Su insólita presencia en aquel feérico mercado de revuelta literaria se explicaba por sí misma. Si bien ningún apetito podían ya despertar en él —de vuelta de todas las tentaciones y de todos los sibaritismos de la sensualidad intelectual— los confites y enchiladas

al por mayor que desbordaban los vistosos escaparates, aquella caseta de Nuevo León era, en cambio, como una prolongación de su propia vida y de su propia obra y sólo a estar un rato en ella había venido. De Monterrey, su cuna, vivía él ufano y siempre ensalzándolo; y allí estaban sus libros reunidos como trofeos y presidiéndolo todo su bonachona efigie, iluminada de candores e ironías. "Alfonso Reyes, mexicano universal" —rezaba una inscripción en la pared central.

No pudo esta vez torcerle el cuello a la emoción. Sonreía conmovido. Y la equis que lleva en la frente, como un oráculo de Quetzalcoatl, le fulgía con transparencias clásicas. Era como si se hubieran fundido repentinamente en su húmeda y encendida mirada la visión dionisiaca de Anáhuac y el ritmo apolíneo de Atenas. Simbólica transfiguración aquella. Esa ha sido y es la obra de Alfonso Reyes: honda raíz mexicana y flor nutrida con zumos de todos los climas y de todos los tiempos.

El palique discurrió entre aladas anécdotas y sabrosas evocaciones autobiográficas. No se equivocan quienes lo pintan en perenne bojeo de sí propio. Sus mismas rimas y prosas son, como las de Goethe, "fragmentos de una confesión general". Alguien aludió a la necesidad de recoger su opulenta cosecha en una edición que la junte, debidamente clasificada y anotada. Supimos entonces que ya estaba en marcha la empresa. Y al referirme yo al homenaje continental en proyecto para festejar su jubileo literario se limitó a recordar, con picaresco mohín, que cuando en el juego de la gallina ciega le preguntan: ¿Qué quieres, ruido o silencio? —él contesta invariablemente: silencio—. Pero el homenaje —iniciativa de Félix Lizaso— se está ya celebrando con ruido de alabanzas y silencio de objeciones. A México irá una delegación de la Universidad de la Habana, compuesta por Luis A. Baralt, Calixto Masó y yo, a entregarle las insignias de Doctor Honoris Causa en Filosofía y Letras y a testimoniarle la adhesión de los intelectuales que en Cuba permanecen en pie. Son los únicos que cuentan. Los otros, esos que se han vendido por treinta dineros o andan gozosamente en cuclillas, que se traicionaron a sí mismos y traicionaron al pueblo cubano,

nada significan ni representan, bufones o lacayos de un reyecito de cuerda.

Alfonso Reyes se ha ganado, juntamente con el novelista Rómulo Gallegos y el filósofo Francisco Romero —hombres de una sola posición en la existencia— la admiración, el aprecio y el cariño de nuestra América. Ningún ejemplo más reconfortante de escritor entregado a su vocación literaria como expresión auténtica de vida. No ha sido, ciertamente, un agonista; mas, tampoco un contemplativo. Ha peleado sus batallas —las batallas del espíritu— y se ha atrevido a ser quien es. "El don de admirar la belleza —le oí yo decir— es el más alto don concedido al hombre. Pronto he de recoger mi barco en la atarazana, y os dejo, jóvenes, esta palabra de aliento. Defended, contra las nuevas barbaries, la libertad del espíritu y el derecho a las insobornables disciplinas de la verdad. No me arrepiento de mi oficio, a pesar de sus contratiempos y torturas. Todo halla compensación en el júbilo de la creación. Tened un ideal, tened una aspiración, y si los vais satisfaciendo durante toda vuestra vida, ya habréis encontrado la razón de vivir".

Helo ahí entero y verdadero: un humanista que jamás soslayó los deberes y responsabilidades de ser hombre y un escritor que nunca prostituyó su dignidad intelectual. Nada más lejos de Erasmo. Nada más cerca de Sócrates.

Raúl ROA.

Revista *Bohemia*,

La Habana, Cuba.